

leal general Monk, sus aclamaciones turbaron largo tiempo el sosiego del pueblecillo, y aun dieron alguna inquietud; pero no hay entusiasmo alguno en estado de resistir siempre á la influencia natural de la noche y de las repetidas libaciones. El tumulto del realista triunfante fué reemplazado por el silencio, y la luna y el mochuelo quedaron en pacífica posesion de la torre vieja de la iglesia del lugar, que, levantándose como un punto blanco por encima de una multitud de encinas, servía de mansion al pájaro solitario, y estaba plateada con los rayos del astro nocturno.

CAPITULO V.

Enarbolando al momento
De su Señor la bandera .
En el corazón sin tiera
Ardor, placer y contento
Por la guerra ¡qué portento !
¿ Qui en tiene ya trasformados
Los gañanes en soldados ?
¿ Qué gefe les inspiró
Por los combates amor ?
De tal milagro es autor
La voz que una muger dió.

WILLIAM S. ROSE.

A la mañana siguiente de la funcion que dió lady Peveril, resintiéndose aun de las fatigas y aprensiones á que se habia entregado la vispera, no salió de su cuarto hasta dos ó tres horas despues de lo que su natural actividad y el uso que reinaba entonces de madrugar, la

tenian habituada. En este intermedio, mistress Ellesmere, muger de quien se hacia en el castillo la mayor confianza, y que se tomaba mucha autoridad en ausencia de su ama, dió orden á Debora, aya de los niños, para que los llevase luego al parque á tomar el aire, y que no dejara entrar á nadie en la sala dorada, donde por lo regular jugaban. Debora, que se rebelaba con frecuencia, y algunas veces quedando encima, se encaprichó en que amenazaba llover, y decidió, contra los poderes delegados á mistress Ellesmere, ser la sala dorada un sitio mejor para los niños que el jardin, cuya yerba debia estar aun llena de rocío. Pero las resoluciones de una muger son algunas veces tan versátiles como las de una asamblea popular; y, despues de haber sentido que la mañana estaria lloviendo, y que era mejor jugaran los niños en la sala dorada, pensó, sin mirar se contradecia á sí misma, que á ella le convendria mejor pasear por el parque. Es verdad que, aprovechándose de la alegría de la fiesta del dia precedente, habia bailado hasta media noche con Lance-Outram, el jo-

ven guarda-bosque; pero estamos muy distantes de querer decidir si cuando ella le vió pasar por debajo de la ventana con vestido de caza, con la pluma en el sombrero y la balleta al hombro, pudo esta vista obrar algun cambio en la opinion que habia formado con respecto al tiempo. Bastarános decir que al momento de volver la espalda mistress Ellesmere, Debora llevó los niños á la sala dorada, encargó á Julian (porque se le debe hacer justicia) tuviera mucho cuidado con su mugercita Adelaida; y despues de una precaucion tan satisfactoria, los dejó y se escurrió al parque por la puerta vidriera de la dispensa, practica en frente de la brecha grande.

La sala dorada donde los niños, segun esta disposicion, abandonados á sí mismos para divertirse como gustasen, y sin otra salvaguardia que el sexo de Julian, era un cuarto grande cuyas paredes estaban cubiertas de cuero dorado de España, tapicería, cuya moda no se conoce en nuestros dias, y que representaba justas y combates entre los Sarracenos de Granada y los Españoles, vasallos del rey Fer-

nando y de la reina Isabel, durante aquel sitio memorable concluido con la destruccion definitiva de la dominacion de los Moros en España.

Corria Julianito por la sala para divertir á su amiguita y recrearse tambien al mismo tiempo, armado con una varita, é imitando con ella las actitudes de los Zegries y Abencerrages representados en la tapicería, arrojando el dgerid ó javalina del Oriente. Sentábase algunas veces junto á ella acariciándola para volverla su buen humor, cuando se fastidiaba de ser mera espectatriz de las diversiones de su joven compañero. Vió de repente levantarse una parte de la tapicería; un tablero del ensamblado se corrió sobre el inmediato al impulso de una bella mano y dedos lindos, que, apoyados en él, trabajaban por correrle mas. Julian se sorprendió y aun asustó de lo que veia, porque las historias que le habia contado su aya habian grabado temprano en su imaginacion el terror del mundo invisible. Con todo eso, naturalmente atrevido y animoso, el joven campeon se puso delante de la niña blandiendo el arma que tenia en la mano, co-

mo para defenderla, y mostrando tanta resolucion como si fuera un Abencerrage.

El tablero en que tenia fija la vista seguia corriéndose, y mostraba mas y mas la persona de quien era la mano. En fin, por entre la abertura, vieron una muger vestida de luto, de mediana edad, pero cuyas facciones presentaban aun el resto de una gran belleza, aunque los caracteres particulares de su fisonomia y de todo su exterior tuviesen un aire de dignidad poco menos que real. Paróse un momento en el quicio de la puerta que acababa de abrir de un modo tan imprevisto, mirando con sorpresa á los niños en quienes probablemente no habia reparado, cuando trataba de correr el tablero; entró en el cuarto despues de haber tocado un resorte que hizo cerrar esta puerta secreta tan bruscamente, que Julian casi dudaba hubiera estado alguna vez abierta, y estuvo por creer que todo lo que veia no era mas que una ilusion. Adelantóse hácia él la dama con un aire magestuoso, diciéndole :

—¿ No eres tú Peveril el chico?

—Sí, respondió Julian avergonzado, y obe-

deciendo ya sin embargo de su tierna edad al principio de la caballería que prohíbe negar su nombre á vista de cualquier riesgo que se pueda correr por declararle.

— Pues entonces, replicó la extranjería, ve al cuarto de tu madre, y dila que venga para hablarme al instante.

— No iré, respondió el niño.

— ¡Cómo! exclamó la dama: ¡tan joven y tan desobediente! pero no haces mas que seguir el espíritu del tiempo... ¿por qué no quieres hacerme este favor, lindo niño mio?

— Iria de buena voluntad, señora, respondió Julian; pero... y no atreviéndose á decir mas, se retiraba hácia atras segun que se acercaba la dama, teniendo de la mano á Adelaida Bridgenorth, quien, muy niña todavía para entender este diálogo, se acercaba temblando á su joven compañero.

La extranjería vió su turbacion, se sonrió, y parándose, le preguntó otra vez:

— ¿De qué temes, hijo mio? ¿Por qué no quieres dar el recado á tu madre?

— Porque si yo salgo, respondió Julian con firmeza, debo dejar á Adelaida con vm.

— Tú eres un buen muchacho, dijo la dama, y no desacreditarás tu linage, que jamas dejó al debil sin proteccion.

Julian no la comprendía bien, y miraba inquieto y temeroso, tan pronto á quien le hablaba de este modo, como á su compañerita, cuyos ojos se volvian á la dama desconocida y á su joven protector. En fin, espantada la niña del temor que Julian, á pesar de sus esfuerzos magnánimos, no podia disimular enteramente, se echó en los brazos de su compañero, aumentó sus inquietudes con las que padecía ella misma, y resultó, que, gritando con toda su fuerza, llegó el contagio del miedo á Julian, quien no pudo menos de hacer otro tanto.

Es verdad que se advertia en los modales de esta desconocida algo que podia justificar sino el terror, á lo menos una especie de temor, sobre todo segun el modo misterioso é inesperado de su llegada. Sus vestidos, que nada tenian de particular, eran parecidos á los que las mu-

geres de clase mediana llevaban entonces para montar á caballo; pero sus cabellos negros eran muy largos, y los muchos rizos que le salian por debajo de la capucha, le caian por los hombros. Tenia los ojos negros, vivos y penetrantes, y anunciaban sus facciones un origen extranjero. Cuando hablaba, se advertia en su voz un leve acento extranjero, aunque se explicaba en inglés con mucha pureza. Sus gestos, al parecer, eran de una muger acostumbrada á mandar y ser obedecida. Y el recuerdo de todo esto sugirió á Julian la excusa que alegó despues para justificarse de haberse dejado atemorizar, diciendo que se le habia figurado una reina encantada.

En tanto que la extranjerera y Julian se examinaban de esta suerte, entraron dos personas casi al mismo instante, pero por dos distintas puertas, y la prisa con que venian probaba que habian acudido á los gritos de los dos niños.

La primera fué el mayor Bridgenorth, alarmado por los gritos de Adelaida, cuando entraba por el portal inmediato á la sala dorada.

Su intencion habia sido esperar en el salon á que bajase lady Peveril; venia para asegurarla que la fiesta del dia precedente se habia pasado, en todo sentido, del modo mas gusto-oso para todos sus amigos, y que no habia habido motivo para temer aquellas consecuencias alarmantes que podian resultar del contacto de dos partidos en otro tiempo contrarios. Pero trayendo á la memoria tantos temores como le habian agitado por la salud y aun por la vida de su hija, temores bastante justificados por la pérdida que habia padecido en sus demas hijos, no se extrañará que los gritos de Adelaida le hubiesen hecho olvidar la etiqueta del uso, y que le hiciesen penetrar á lo interior de la casa y mas adelante de lo que las reglas del ceremonial le habrian permitido en cualquier otra ocasion. Precipitose pues á la sala dorada, donde entró por una puerta de costado, despues de haber atravesado un corredor estrecho, que iba á dar al recibimiento de estos cuartos; y tomando á su hija en los brazos, procuró, á fuerza de caricias, acallarla, pero cada vez gritaba mas fuer-

te, cuando se vió en los brazos de un hombre cuya voz y facciones apenas conocia, y que, pocos dias antes, habia sido para ella extranjero.

Los gritos en aumento de Adelaida produjeron el mismo efecto en Julian, quien, al ver la llegada de este recién venido, abandonó toda idea de defender á su compañera de otro modo que con gritar cuanto permitian sus pulmones para implorar socorro.

Alarmada en fin lady Peveril, cuyo cuarto comunicaba con la sala dorada por una escalera secreta, se mostró á su turno en la escena. Luego que ella se presentó, desprendiéndose Adelaida de los brazos de su padre, voló á los de su protectora, y luego que tomó la falda de su vestido, no solo dejó de gritar, sino que volvió los grandes ojos azules, y brillantes con las lágrimas hácia la dama extranjera con una especie mas bien de sorpresa que de temor. Julian, levantando su varita, que habia conservado todo el tiempo de su sobresalto, se puso al lado de su madre, como si hubiese tratado de aprontarse á su socorro, si el en-

cuentro con la desconocida la expusiese á un peligro.

En realidad, una persona de mas edad que él hubiera experimentado alguna turbacion para explicar el aire confuso y embargado con que lady Peveril miraba á la señora que la visitaba tan sin pensarlo, como si tratase de reconocer en las facciones todavia muy bellas, aunque comenzando á decaer, las de una persona á quien habia conocido en circunstancias bien diferentes.

Pareció que la extranjera llegó á penetrarse del motivo que hacia titubear al ama de casa, porque la dijo con aquella voz imperiosa que, al parecer, la pertenecia exclusivamente:

—El tiempo y los infortunios me han mudado mucho, asi me lo manifiestan todos los espejos. Sin embargo creia yo que Margarita Stanley podria conocer á Carlota de la Tremouille.

No tenia lady Peveril la costumbre de abandonarse á conmociones repentinas; pero esta vez no pudo disimular la que sufría. Púsose de rodillas en un éxtasis de gozo y pesa-

dumbre, y abrazando las de la extranjera, dijo con voz trémula :

— ¡Mi venerada y noble protectora, condesa de Derby, soberana de la isla de Man! ¡Cómo he podido yo desconocer ni por un instante vuestra voz y facciones. ¡Ah! perdonadme, perdonadme.

La condesa levantó á la parienta de su marido con el decoro y gracia de quien, como ella, estaba habituada, desde su nacimiento, á recibir homenajes y á conceder su protección. Besó en la frente á lady Peveril, y la pasó la mano por la cara con cierta especie de familiaridad.

— Vm. está tambien cambiada, bella prima mia, la dijo ella; pero es un cambio que sienta bien. En lugar de la niña bonita, que yo he conocido, vuelvo á encontrar una muger graciosa y respetable. Pero mi memoria, que tuve por buena en otro tiempo, me engaña de un modo extraordinario si yo veo en este caballero á sir Geoffrey Peveril.

— No, señora, es un vecino, respondió lady Pe-

veril, un buen vecino; sir Geoffrey está en la corte.

— Esto fué lo que oí decir ayer cuando llegué, dijo la condesa de Derby.

— ¡Cómo, señora! exclamó lady Peveril, ¿habeis entrado ayer en el castillo de Martindale, en la casa de Margarita Stanley, donde tenéis tantos derechos para mandar, sin anunciaros?

— ¡Oh! yo sé muy bien que vm. es súbdita mia de las mas sumisas, Margarita, aunque sea esto cosa rara en nuestros dias, dijo la condesa; pero nuestra voluntad, añadió ella sonriéndose, era viajar incógnito, y sabiendo tenia vm. una gran reunion, no hemos querido incomodarla con nuestra real presencia.

— Pero, ¡cómo! ¿dónde habeis estado alojada, señora? preguntó lady Peveril. ¿Por qué habeis tenido en secreto una visita que hubiera duplicado el placer de tantos servidores fieles del rey como ayer se reunieron en el castillo?

— Ellesmere, su Ellesmere de vm. hoy, porque antes era mia, cuidó de alojarme. Ya sabe

vm. que ha hecho ella en otro tiempo las veces de camarera mayor y en una esfera mas vasta. Es necesario que la tenga vm. por excusada. Habia recibido mis órdenes positivas de alojarme en el cuarto mas secreto del castillo; y en esto señaló la condesa con el dedo el tablero movedizo del ensamblado. En esto cumplió mi orden; y probablemente en invitar á vm. para venirme á buscar.

— No la he visto aun esta mañana, señora; por consecuencia me ha cogido de improviso una visita tan honorífica como gustosa.

— Y yo tambien me he sorprendido de hallar estas dos lindas criaturas en este cuarto, donde creía haber sentido á vm. andar. Nuestra Ellesmere se ha hecho descuidada. Su indulgencia de vm. la echó á perder, Margarita. No está tambien enseñada como cuando la tenia yo á mis órdenes.

— La he visto entrar en el parque poco tiempo ha, sin duda en busca de la persona encargada de cuidar los niños, y para decirla los llevara fuera de esta sala.

— Sin duda son de vm. estos niños, Margari-

ta? LaProvidencia ha bendecido su matrimonio.

— Este es mi hijo, respondió lady Peveril, presentando á Julian, que oia con el mayor cuidado esta conversacion; y en cuanto á esta niña tambien puedo decir que soy su madre.

Habia tomado el mayor en brazos á Adelaida para acariciarla; pero al oir lo que dijo la condesa Derby, la puso en tierra, y suspirando se avanzó hácia la ventana gótica. Sabia muy bien que la cortesía le mandaba retirarse, ó al menos que manifestara el deseo; pero no gustaba de cortesía con ceremonia, y la materia sobre que parecia probable se volviese la conversacion de la compañía, era para él de tanto interés, que se persuadió dispensado de toda etiqueta. Al parecer las dos damas no le observaban, y habiendo tomado un sillón la condesa de Derby, hizo seña á lady Peveril para que tomase asiento á su lado en un tabureto.

— Hablaremos de los tiempos antiguos, dijo ella, aunque vm. no tenga ya que temer la obliguen los fusiles de los rebeldes á refugiarse en mi casa.

— Yo tengo un fusil, señora, dijo Julianito,

y el guarda bosque debe enseñarme á tirar el año que viene.

— Muy bien, yo te admitiré en mi servicio como soldado, dijo la condesa.

— Las mugeres no tienen soldados, dijo Julian, mirándola con atencion.

— Desprecia nuestro sexo como todos los del suyo. Este desprecio nace con aquellos amos insolentes del género humano, y comienza por dejarse ver cuando se quitan las sayas. ¿Habló á vm. alguna vez Ellesmere de Latham-House y de Carlota, condesa de Derby, amiguito mio?

— Mil y mil veces respondió el niño con los colores al rostro; y me dijo que la reina de la Isla de Man, la defendió seis semanas contra tres mil cabezas Morondas, mandadas por Rogue Harrisson, el cortador.

— Su madre de vm. ha defendido á Latham-House, soldadito mio, dijo la condesa, pero no yo. Si hubieras tú estado allí, habrias sido el mejor capitan de los tres.

— No hable vm. así, señora, repuso el niño. mamá no tocaria un fusil por el mundo entero.

— Tienes razon, Julian, dijo su madre. Es verdad que yo estaba en Latham-House, pero yo formaba una parte inutil de la guarnicion.

— No se olvide vm. dijo la condesa, de los servicios que ha hecho á nuestro hospital dándole hilas, y cuidando de nuestros soldados heridos.

— Pero no vino por fin á darle auxilio, papá, preguntó Julian.

— Sí, respondió la condesa; papá vino al fin, y tambien el principe Ruperto; pero creo que no vinieron hasta que se hicieron desear largo tiempo. ¿No se acuerda vm., Margarita, de la mañana en que los Cabezas-Morondas, que tanto tiempo habia nos sitiaban, se retiraron sin trompeta ni tambor, y abandonando todo su bagage, luego que vieron en lo alto de la montaña los estandartes del principe? Cada uno de los capitanes, cubierto con un hermoso casco, que vm. veia de lejos, pensaba vm. que era Peveril del Pico con quien habia vm. bailado tres meses antes en el baile de la reina. No debe vm. avergonzarse por esto, Margarita, era un amor honesto; y aunque le haya acom-

pañado en la capilla vieja medio destruida por las balas del enemigo el sonido de las trompetas guerreras; aunque el príncipe Ruperto dió á vm. la mano para llevarla al altar, de bandolera y con las pistolas al cinto, ¿me puedo lisongear de que todos estos signos de guerra no fueron presagios de discordia conyugal?

— El cielo me ha tratado con indulgencia, dijo lady Peveril, concediéndome tan buen marido.

— Y en conservársele, añadió la condesa con un profundo suspiro; en tanto que ha sellado el mio con su sangre su amor al rey. ¡O si hubiera vivido para ver un dia tal.....!

— ¡Ah, respondió lady Peveril, que no lo ha permitido el cielo!; Cuanto se hubiera alegrado del término inesperado de nuestro cautiverio!

La condesa miró como sorprendida á lady Peveril.

— ¿No sabe vm. pues, prima, en qué situación se halla hoy nuestra casa?; Cuanto se

hubiera sorprendido mi noble esposo si hubiese llegado á saber que este mismo monarca por quien ha vertido él su sangre en el cadalso de Bolton-le-moor, completaria la ruina de nuestra fortuna poco menos que destruida en servicio suyo, y perseguiria en mí á la viuda de un partidario tan fiel!; Como se admiraria si se le hubiera dicho que estos mismos serian los primeros actos de la restauracion de Carlos!

— Me admiro de oír á vm., señora, es imposible que vm., siendo viuda del mas valiente, y de uno de los mas leales vasallos del rey, condesa de Derby y soberana de la isla de Man; vm. que ha llenado los deberes del soldado cuando tantos hombres hacian el papel de mugeres, experimente desgracias á consecuencia de un suceso que colma los votos de todos los buenos Ingleses. ¡Vaya! es imposible.

— Veo, mi querida prima, que vm. no adelantó mucho en el conocimiento del mundo. Esta restauracion que aseguró la libertad de los demas me ha puesto en peligro. Este cambio tan feliz para los otros realistas, que, me atrevo á gloriarme, no han podido mostrar mas celo